

ANEXO E

ENERO DE 1857 EN RIVAS

[Correspondencia especial del *Picayune*.]

San Juan del Sur, Nicaragua, 2 de febrero de 1857. Al ofrecerse la excelente oportunidad de viajar a Nicaragua en el *Sierra Nevada*, pasar aquí varios días, echarle una mirada al campamento de los filibusteros de Walker y regresar a Panamá en el *Orizaba*, claro está que lo aproveché con sumo placer. Desembarqué aquí el 24 de enero en la tarde. Este feo villorrio de casas de tabla parecía casi desierto. Apenas se veía uno que otro nativo —y las tres cuartas partes del par de docenas de casuchas desvencijadas y tabernas de mejores tiempos estaban desocupadas.

Al día siguiente de mi arribo, el capitán Phinney al mando de un pelotón de Batidores vino de Rivas a escoltar una carreta con un cargamento de plomo, y cuando el Comisario me facilitó la única mula en el pueblo, me monté en ella y me uní al conjunto de tipos de los más toscos, pero a la vez los más valientes que uno puede encontrar. Avanzamos cinco millas sobre el camino del tránsito, que dicho sea de paso es tan bueno como los mejores de Estados Unidos, y doblamos en un angosto atajo cubierto de hierba en el que la carreta rodaba con dificultad; al caer la noche, con doce millas aún por delante, la lisonjera perspectiva era pasar la soñolienta vigilia en compañía de las estrellas sin una gota de whisky y ni siquiera aguardiente para vivificarnos en nuestra pesada jornada.

Una excursión por la campiña, lejos del camino, montado en una buena mula, no es desagradable —pero cabalgar veinte millas detrás de una

carreta, de noche, con los bejucos colgantes llenos de espinas arañándole a uno la cara y con las ramas bajas de los árboles escapándole de cortar la cabeza cada vez y cuando, es algo muy diferente. A eso de la una de la madrugada, los ladridos de los perros anunciaron que nuestra cabalgata estaba por terminar, y poco después nos recibió el quién vive de los centinelas al entrar en la ciudad de Rivas.

Los cascos de las mulas resonaron musicalmente sobre las losas, único sonido que rompía la quietud fúnebre del campamento filibustero. Tan solo una luz en la angosta calle, saliendo por entre los barrotes de una ventana de una casa de adobe, que me indicaron era la morada del célebre William Walker. Golpeé a la puerta, preguntaron "¿Quién es?", contesté y me abrieron —y en pocos minutos el coronel John P. Waters, miembro del Estado Mayor del General y uno de los mejores y más valientes de sus oficiales, me condujo a una amplia habitación y me presentó a su jefe.

Aunque eran casi las dos de la madrugada, Walker, sentado en un sofá, le estaba dando a un oficial las órdenes del día. Cuando quedamos solos, tras unas cuantas frases reconociéndonos, (pues en 1851 fuimos colegas periodistas en San Francisco), me hizo en forma despreocupada, y en su voz habitual suave, medio arrastrando las palabras, algunas preguntas sobre la toma del río por los costarricenses, cuya primera noticia le acabábamos de llevar nosotros de Panamá. No mostró la menor inquietud al saberlo, y dudó que muestre preocupación alguna si un terremoto meciera su casa con todo y cimientos. Pero Walker ha sido descrito tantas veces a los lectores, que un nuevo retrato sería superfluo. Sin embargo, me llamó la atención el cambio que han producido en su rostro tres años de exposición al sol tropical de Sonora y Nicaragua, sus escalofríos y calenturas, y la ansiedad, aunque no parezca sentir ninguna. Apenas tiene 36 años, pero nadie creería que es menor de 40.

Cuando le mencioné a Webster, el agente de Vanderbilt, pareció animarse un poco. Él "no cree que Vanderbilt le confíe ningún negocio impor-

tante a un pillo como Webster"; dijo que lo conoció en Nicaragua como un notorio mentiroso y estafador, y que dejó igual reputación en Nueva Orleans, donde vivió antes. Me dijo que Webster le hizo propuestas para llevar inmigrantes a Nicaragua, pero que se las rechazó porque no lo cree persona responsable; que ahí Webster, tras haber estafado algún dinero o bienes a nuestro Ministro, Mr. Wheeler, se vio obligado a irse del país por temor a que lo arrestaran. Dijo que a Webster le gustaba pretender que estaba llevando a cabo negociaciones importantes. Cuando le conté que en San José le había dado un costoso banquete al Presidente Mora, admitió que debe estar empleado por alguien que le ha dado dinero, ya que él nunca ha tenido nada propio para gastar.

El 26, el día siguiente de mi llegada a Rivas, se recibió el informe de que una pequeña fuerza de los aliados había ocupado Obraje, un pueblito a ocho millas de distancia. Dos compañías, una de Rifleros y la otra de Batidores, se despacharon de inmediato a reconocer. Ya entrada la noche llegó a Rivas un correo con la noticia de que los Batidores habían tenido una escaramuza con la vanguardia enemiga, en la que el capitán Phinney salió gravemente, quizá mortalmente, herido.

El 27, a las 11 de la mañana, se enviaron 300 hombres al mando del general Henningsen al campo de batalla, tras saber Walker que el cuerpo principal de los aliados al mando de Cañas, que se presumía consistir en 1.500 hombres, había entrado en Obraje, y estaban fortificando fuertemente la iglesia y la plaza. Las tropas de Henningsen, 440 hombres en total, trataron de desalojarlos, pero estaban bastante cansados, y después de veinticuatro horas de combates, Walker les ordenó replegarse. El resultado de esta acción fue la pérdida del capitán Phinney y cinco de sus Batidores muertos —y se presume que ochenta aliados fueron muertos, principalmente por el impacto de un solo cañonazo de cuatro libras. Pero un muchacho que vio los efectos del disparo, dice que esa cifra es muy exagerada, ya que sólo cinco o seis fueron muertos, y más o menos una docena heridos.

El 28, Walker reconcentró todas sus tropas a Rivas, hasta los sesenta o setenta que estaban apostados en La Virgen vigilando los movimientos de los vapores del lago y custodiando el camino del tránsito, fueron llamados a la ciudad. Walker además quemó la pequeña goleta en el lago, (que estaba tratando de reparar para un posible ataque a los vapores), para que no cayera en manos del enemigo.

Sus exploradores informaron que los aliados se habían retirado de Obraje a Pueblo Nuevo, lo que resultó ser erróneo, pues el 29 en la mañana estaban en San Jorge, apenas a una legua de Rivas, fortificando rápidamente la iglesia y construyendo barricadas enfrente, en la plaza. A las 10 A.M., Walker mandó a Henningsen con 450 hombres a atacarlos. El Primer Batallón de Infantería se adelantó tres cuartos de milla a la fuerza principal, y sin pausa comenzó el ataque de inmediato, esperando penetrar dentro de la plaza. Los rechazaron con grandes pérdidas. Al llegar el cuerpo principal de las tropas de Henningsen, reanudaron el ataque, y continuaron combatiendo sin mucho éxito hasta ya entrada la noche.

Henningsen tenía dos cañones de cuatro libras y el adversario cuatro o cinco piezas, pero parece que ninguno de los dos bandos le sacó mayor provecho a la artillería. El enemigo sufrió la mayor parte de las bajas cuando lanzó un par de columnas laterales tratando de flanquear a la pequeña fuerza de Walker, y los filibusteros apostados en los platanares los recibieron con un fuego certero, obligándolos a replegarse tras las barricadas con pérdidas que algunos calculan en 200 muertos y 400 heridos. Otros dicen, y es lo más probable, que los aliados sufrieron de ochenta a cien muertos en total.

El brigadier general Bosque, de la división costarricense, está supuesto a ser uno de los muertos, por el hecho de que un soldado de Walker le quitó al cadáver de un oficial una espada que antes fue del jefe filibustero y que Bosque recogió en la última batalla de Rivas y se sabe que la usa. Pero yo conozco bien a Bosque, y por la descripción que el soldado me dio del cadáver, estoy seguro que no es él.

Viendo que sus tropas, al igual que en Obraje, peleaban en gran desventaja, Walker ordenó la retirada, y a las 4 A.M. del 30 se replegó a Rivas. Se dice que lo hizo por temor a que los aliados enviaran tropas en los vapores del lago a interponerse entre él y el camino del tránsito, y le cortaran el acceso al *Orizaba* que estaba por llegar de San Francisco, en el que esperaba hombres y provisiones. Las bajas de Walker en San Jorge fueron 16 muertos y 33 heridos. Los capitanes Wilkinson y Russell y el teniente Hyer fueron muertos. El coronel Jaquess y el mayor Dusenberry cayeron mortalmente heridos. El coronel Leonard, el capitán Johnson y el teniente Chafant gravemente, y los tenientes Nagle, Northidge, Steele y Schermerhorn ligeramente heridos.

El 30 en la noche salió Walker para San Juan del Sur a la cabeza de 300 hombres, a custodiar los refuerzos y provisiones que esperaba en el vapor. Vino al puerto a la mañana siguiente con varias carretas y carretones para equipajes, trayendo además como 200 fusiles extras para los reclutas que esperaba. Se alojó en las oficinas de la Compañía del Tránsito; los oficiales y soldados se alojaron en las casuchas desvencijadas y vacías que encontraron en el pueblo. El 1 de febrero enjuició en consejo de guerra a un desertor de la batalla de San Jorge capturado esa mañana. Al pobre sujeto lo declararon culpable y al ponerse el sol lo fusilaron en la playa en presencia de toda la tropa, alineada en formación. No supe su nombre, pero era de familia alemana y había vivido en Nueva York.

El *Orizaba* entró en la bahía una hora después de la ejecución. Sólo trajo 50 hombres para Walker y pocas provisiones, apenas suficiente para llenar un carretón pequeño. Los 50 hombres permanecieron a bordo toda la noche, tocando los tambores y echando valerosos discursos; pero a la mañana siguiente, cuando les ordenaron desembarcar, 20 de ellos se habían escondido, buscando escapar a Nueva York. A las 5 P.M., el general Walker, habiendo guardado las armas extras a bordo de su goletita de guerra de dos cañones, en la bahía, para uso de futuros reclutas, enganchó en su ejército tres o cuatro

americanos vagabundos, que esperaban pasaje para los Estados Unidos, y marchó de regreso a Rivas.

A las 11 A.M. de ese día, una tropa de 300 a 400 costarricenses entró en La Virgen, en el camino del tránsito, y el vapor *La Virgen* atracó en el muelle por vez primera desde que cayó en poder del adversario, y bajaron a tierra unos cuantos soldados y oficiales. En cuanto desembarcaron, comenzaron a construir barricadas, pero probablemente al saber que el *Orizaba* había llegado con refuerzos y que tenían a Walker a sus espaldas, fijaron anuncios ofreciendo a los desertores pasaje gratis a los Estados Unidos, y regresaron a unirse al grueso de las tropas en San Jorge.

Walker parece haber abandonado toda esperanza de recobrar posesión de los vapores, pues ha desistido de expedicionar con su pequeña goleta en el lago, la que como expliqué antes, quemó, por ser impráctica. Los aliados evidentemente tienen tropas en la isla de Ometepe, pues mantienen ambos vapores surcando constantemente en los alrededores. Cuando Walker tenía tropas en La Virgen, de vez en cuando se acercaban a disparar sobre el pueblo uno que otro cañonazo inofensivo, pero últimamente parecen tener otras cosas más importantes que hacer.

La expectativa general en Rivas es que la fuerza filibustera en Greytown se apoderará del río, pero nadie sabe cómo lo lograrán. Los tres puntos, Castillo, La Trinidad y San Carlos, probablemente están ahora fuertemente fortificados. Cuando Walker perdió San Carlos, donde se une el lago con el río, había un buen cañón de veinticuatro libras y otro de seis libras vigilando el punto, y nada que pudiera navegar el río podía pasar.

La fuerza entera de Walker antes de la batalla de San Jorge sumaba 800 hombres. En sus dos hospitales de Rivas tenía como 150 enfermos y heridos. En uno de ellos conté 75, y me dijeron que en el otro había una cantidad un poco mayor. En el campamento puede haber unos 200 más, entre mozos, cocineros, sirvientes y holgazanes inútiles que reciben raciones. Los 50 que llegaron de California repusieron las pérdidas de San Jorge.

Los hombres se ven bien, pues Rivas es salubre en esta época del año. Sopla del lago una brisa sabrosa, vigorizante, que aplaca el calor del sol y hace las noches frescas y deliciosas. Pero dentro de seis semanas cambiará el tiempo, habrá menos viento y más calor, y entonces las tropas probablemente sufrirán por las enfermedades. La mayoría de los pacientes en el hospital son casos viejos, de Granada, donde el clima es extremadamente fatal para los extranjeros. De los oficiales de Walker algunos estiman que ahí enterró entre 1.500 y 2.000 hombres. Los oficiales de Walker son todos excelentes combatientes, y no conciben la idea de que los "grasientos", cualquiera que sea su número, los puedan derrotar si es que logran librar una batalla campal. Los soldados también están ansiosos de librar el combate, no tanto por la lucha en sí sino con la esperanza de terminar la guerra, pues la gran mayoría parecen estar sinceramente cansados de ella. El pequeño ejército tiene suficiente pólvora y plomo, pero está escaso de bombas y balas de cañón. En la ciudad tienen una buena cantidad de maíz y carne salada; y los que salen a forrajear constantemente vuelven con ganado.

Las casas de Rivas tienen gruesas paredes de adobe —las calles son pocas y angostas, por lo que "si lo peor llega a lo peor" la ciudad se puede defender fácilmente. Las casas en que pudiera parapetarse el enemigo, si es que logra entrar, para atacar la iglesia de San Francisco, si es que Walker se viera encerrado en ella en lo recio del combate, las ha derribado o quemado para darles campo libre a sus rifles. Henningsen también ha construido barricadas al comienzo de algunas calles, y ha derribado las chozas y cortado los árboles y la maleza dejando una franja rasa alrededor de toda la ciudad. Es obvio, como pueden ver, que a menos que Walker reciba fuertes refuerzos inmediatamente, su caso es desesperado. No puede dejar guarnecida a Rivas y salir con suficiente fuerza para atacar a los aliados que perseveran rodeándolo. Sin refuerzos, podrá sostenerse tres meses —quizá hasta seis— pero yo no veo cómo pueda sacar del país al enemigo ni cómo se pueda salvar él con los recursos que hoy tiene.

Es una guerra de exterminio de parte de los aliados, y continuarán luchando mientras en los estados centroamericanos quede un hombre o una onza de pólvora. Walker no tiene un solo soldado nativo en su ejército, y apenas tres oficiales, y ni un sólo amigo de fiar fuera de su tropa en todo Centroamérica. Mr. Rogers, el Ministro de Hacienda de Walker, de quien informé que el 11 de enero salió de Panamá para San Juan del Sur en un barquito de cinco toneladas, hasta el día de hoy no ha llegado.

Mr. Toohey, que salió de Nueva Orleans el 1 de agosto del año pasado, trayéndole a Walker veinticinco reclutas, y que ha sido corresponsal del *Delta*, se dice que los leoneses lo colgaron en Granada cuando se les presentó tras haber desertado. Creo que antes había caído prisionero de los costarricenses en la batalla de Santa Rosa, en la que perdió un brazo. Cañas lo acogió en su hogar en Costa Rica, y Toohey voluntariamente le suministró valiosa información al General acerca del ejército de Walker, etc. Cuando lo liberaron, regresó a Nicaragua y publicó una nota diciendo que había engañado a su benefactor, y dicen que por ese motivo lo mataron las fuerzas leonesas cuando desertó.

El *Sierra Nevada*, hace unas cuatro semanas, cuando cerraron el río, envió una lancha de San Juan del Sur al lago, para que fuera hacia San Carlos a ver por qué no llegaban los pasajeros. En la lancha iban ocho o diez soldados de Walker, y no se ha vuelto a saber de ellos en esta aldea.

Generalmente se supone que Walker atacará a Cañas de nuevo en un par de días. Si lo hace, tendrá que enfrentarse a 2.500 hombres, pues los aliados probablemente desembarquen 1.000 hombres adicionales en San Jorge, de los que hay en el río y Ometepe.

F. W. R. [FRANCIS W. RICE].⁴⁹⁰